



EL ARTÍCULO DEL DÍA

José Agustín Goytisolo
Escritor.

La Habana que he visto

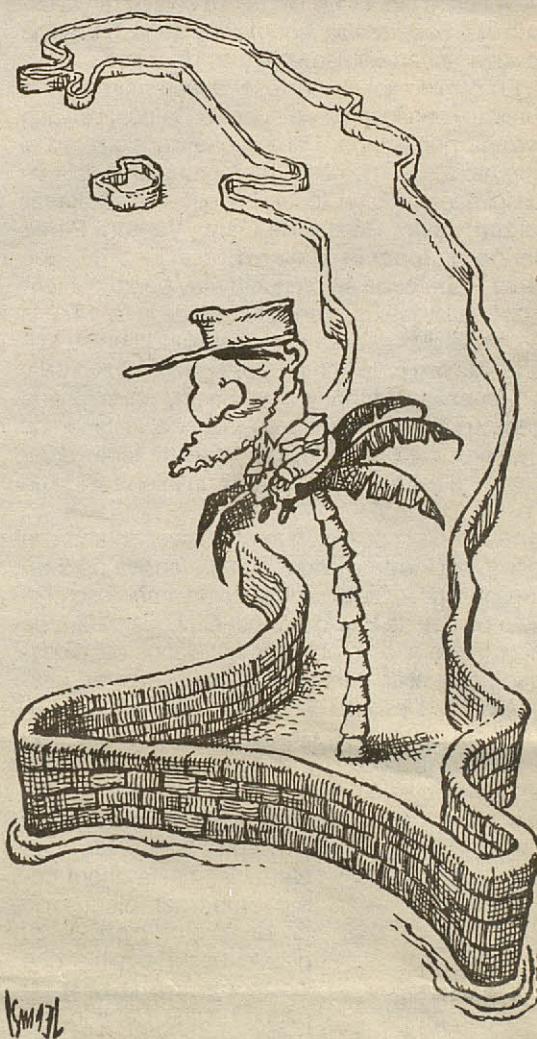
Tras la visita del Papa, los cubanos esperan que termine el bloqueo económico y comercial y que el futuro no sea impuesto por los exiliados de Miami. Se desea ardientemente una transición pacífica

La madrugada del 3 de febrero llegué a La Habana por sexta vez; la última fue en el año 86. Pese al anuncio de una fortísima tormenta de lluvias y vendavales que se batían sobre la isla, los tripulantes del aparato de la Cubana de Aviación en el que viajaba decidieron meterse en el alborotado cielo cubano. Un buen rato antes habíamos sobrevolado La Habana, pero nos desviamos a Camagüey, en el centro de la isla. Su aeropuerto estaba peor aún, por lo que volvimos al José Martí. El aterrizaje, o amerizaje, pese a ser espectacular, y provocar el espanto de muchos pasajeros, fue perfecto.

La noticia de que el avión no llegaba hizo que nadie esperara a nadie, y tardé más de cuatro horas en instalarme en el hotel, al que llegué como una gallina mojada, y hasta la tarde guardé cama, pues me sentía mal. Vino una doctora y me proporcionó un jarabe que fue mano de santo. Pasé la mañana leyendo números atrasados del periódico *Granma* y otras publicaciones locales: **Fidel Castro**, en dos largas entrevistas televisadas que reproducían los periódicos, se mostraba satisfecho de la visita del Papa, del que resaltaba la condena del bloqueo de EEUU y la amenaza del neoliberalismo que, de no controlarse, "hará más pobres a los muchos pobres y más ricos a unos pocos ricos", y expresaba su deseo de solidaridad entre todos los pueblos del mundo para evitar las desigualdades entre países y personas. **Castro** dijo que Cuba no pide limosna ni ayuda humanitaria; quiere que cese el bloqueo y que les dejen comerciar y trabajar en paz.

Cuando viajo tengo dos costumbres muy arraigadas: la primera es pasar al menos dos horas leyendo los periódicos; la segunda, charlar con la gente y con los amigos. Así que por la tarde contacté con varios de ellos, y con el Instituto Cubano del Libro, que eran mis anfitriones: me han publicado una antología de poemas, prologada por **Pablo Armando Fernández**.

Al día siguiente amainó el temporal y pude ir a la Feria del Libro, una enorme colmena editorial en la que España estaba apenas representada; sólo una caseta del INLE y otra de Ediciones Libertarias con su director, **Carmelo Martínez**, al frente. En el enorme recinto cubierto había puestos de 27 países. Un gentío llenaba a rebosar el recinto ferial. Muchos jóvenes estudiantes, de instituto y de universidad, y niños con sus padres o con los monitores de la escuela. Realmente el afán por la lectura es extraordinario, fruto de la erradicación del analfabetismo en la isla. La enseñanza y la extensión de la sanidad al total de la población han sido dos de los mejores logros de la Revolución.



A media tarde se volvió a alborotar el aire, que se convirtió en vendaval, con un oleaje furioso, que fue acompañado de una lluvia inclemente. En pocas horas se inundó la parte baja de la ciudad hasta más allá del río Almendares. Esa noche no pude llegar al hotel Habana-Cohiba y dormí en casa de **Pablo Armando y Maruja**, que me trataron como a un gato persa.

A día siguiente pude salir a la calle de nuevo. En los medios intelectuales y entre la gente que he frecuentado he podido apreciar la esperanza de que ce-

se la guerra económica y comercial. Hay efectivamente carestía de productos básicos y tres modos de adquirir lo necesario. El primero de ellos es comprar con "la libreta", o de forma racionada, que se paga en pesos. La segunda, "por la libre", a vendedores, campesinos, etcétera; esta forma se paga también en pesos, pero es más cara. La tercera es adquirir lo que se necesita pagando en dólares en tiendas especiales o en los establecimientos de los bajos de los hoteles, en los que hay prácticamente de todo, pero inalcanzable para la mayoría de la población cubana, carente de moneda norteamericana. Esta difícil situación no produce bolsas de miseria, aunque sí un evidente empobrecimiento general.

Pese al apretado programa que cumplí hasta la clausura de la feria internacional, me quedó tiempo para pasear por La Habana, charlar con mucha gente, ver amigos y visitar algunos de los lugares en los que tan buenas horas había pasado en otras ocasiones. Me he trasladado en coche oficial, en *guagua* y en una especie de maxitaxi en el que caben una docena de personas. Por fortuna, en mis desplazamientos no he tenido que usar el *camello*: inmenso autobús, que no había visto antes y que ahorra combustible al cargar a más de un centenar de personas. La Habana está llena de bicicletas, hay pocos automóviles privados, algunos de ellos increíblemente antiguos, pero que funcionan gracias a una particular maestría que han desarrollado los mecánicos de la isla.

Mi impresión, durante los días que duró la feria y los que me quedaron libres, y en los que pude ver y escuchar al mayor número de gente, es que se cree que la visita del Papa hará reflexionar a los países que, junto con Estados Unidos, mantienen el bloqueo y no comercian con la isla. No se puede castigar a toda la población por diferencias entre distintos gobiernos. Por su parte, Cuba ha empezado ya a poner en libertad a muchos presos políticos. Sólo quedan excluidos los que hayan cometido delitos de muerte o sabotajes, pero no los acusados de manifestar sus opiniones contrarias al régimen.

Se espera un acuerdo para el nombramiento del nuevo embajador español en Cuba, que no debiera demorarse: son muchos los intereses comerciales entre ambos países. Por lo que se refiere al futuro de la isla, después de **Castro**, la solución deberá salir de los cubanos residentes en Cuba, y en ningún caso por imposición de los exiliados en Miami, que nada van a decidir. Todos los cubanos desean ardientemente una transición pacífica y la mayoría de los países apoyarían esta salida.